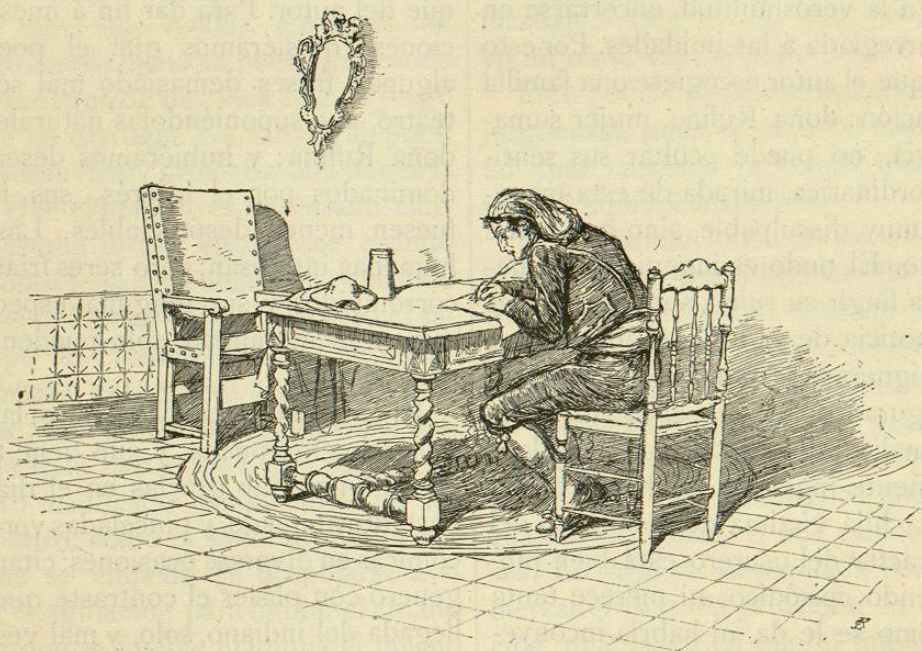


## CARTA DE FIGARO

A UN BACHILLER, SU CORRESPONSAL



Yo no sé si se acordarán todos los suscritores de nuestro decano periódico de aquel Figaro condenado á provocar su sonrisa eternamente, tenga él ó no humor de divertirse á sí ó á los demás. Pero sí puede muy bien haber sucedido que la mayor parte de nuestros lectores no se hayan acordado más de nosotros que nuestra ilustrada junta sanitaria de surtir de medicinas á Madrid: al menos tenemos la positiva y halagüeña seguridad de que uno siquiera ha notado la falta de nuestros cándidos párrafos, durante tan largo silencio. Este ha sido un aficionado á nuestro papel, encerrado, según nos dice, en uno de los más recónditos rincones de esta monarquía, á trozos regenerada, á trozos oprimida todavía por el oscurantismo, ali-mañá tan de moda de algún tiempo á esta parte en periódicos y alocuciones. Fírmase *el bachiller*, y dirige al señor Figaro exclusivamente su carta, reducida á un sin fin de preguntas acerca de las circunstancias; á las cuales contestaríamos privadamente á no dar la funesta casualidad de que olvida nuestro bachiller lo

principal, como se usa en el país, y no nos dice el pueblo de su residencia, ni la fecha á que escribe, ni el modo de ponerle el sobre, contando sin duda demasiado con la sagacidad de las redacciones de periódicos. Careciendo, pues, de un medio seguro de hacer llegar á sus manos la respuesta, y siendo por otra parte demasiado atentos para dejar á nadie sin ella, porque al fin ni somos santos ni autoridades, que son los únicos que á todo el mundo oyen y á ninguno contestan, nos decidimos á insertar en nuestro gacetín estas letras, ciertos de que allá en la librería del pueblo donde estuviere nuestro corresponsal, se las encontrará, quedando de este modo solventada con él la deuda de urbanidad que nos obliga á contraer.

En esto no hacemos sino imitar el ejemplo de un cura catalán, cuyo caso contaremos. Debíale un eclesiástico de un pueblo de Andalucía una peseta; cantidad que, si bien no era para perdida, debía considerarse como tal, por la dificultad de hacer la remesa á tanta distancia ó de girar una letra de tan módico importe.

Escribíale, pues, en vista de esto, el aprovechado clérigo catalán: «Muy señor mío: Con respecto á la cuenta que de la citada peseta tenemos pendiente, he discurrido que por el presente aviso puede echarla en el cepillo de ánimas de la iglesia de ese pueblo, pues yo ya la he sacado del de ésta á buena cuenta; y en paz. Con lo cual queda de usted su afectísimo capellán el cura de...»

Ahora bien, hé aquí nuestra contestación al incógnito corresponsal. Mucho me huelgo, señor bachiller de ese pueblo, de cuyo nombre mal pudiera acordarme, de haber recibido su carta benévola y preguntona.

Hónrame sobremanera la falta que nota de escritos míos en la Revista; pero ha de hacerse cargo de muchas cosas. Mis artículos en primer lugar no han de ser artículos de decreto que se fragüen á un dos por tres y á salga lo que saliere, sin perjuicio de enmendarlos luego ó de que nadie se cure de obedecerlos. Al fin tengo mi poca ó mucha reputación que perder. Por otra parte, acaso no sabrá vuesa merced que desde que tenemos una racional libertad de imprenta, apenas hay cosa racional que podamos racionalmente escribir. Si á esto se agrega, como vuesa merced no tendrá dificultad en agregarlo, que estamos ahora los periodistas tratando de tomar color, para lo cual tenemos que esperar á que lo tome primero el gobierno con el objeto de tomar otro distinto, puesto que él se ha quedado con la iniciativa, no se admirará de que callemos nosotros, bien así como él calla en puntos de más prisa y trascendencia.

Además, aunque los partes oficiales y los relatos de las sesiones en sustancia no dicen nada, no dejan por eso de ser largos; nos ocupan por consiguiente las tres cuartas partes de nuestras columnas, y no nos dejan espacio para nada. Añada vuesa merced á esas causas que yo escribo tan despacio, que cuando estoy sobre mi bufete con la pluma en la mano, no parece sino que estoy organizando la milicia urbana, ó tomando providencias contra algún motín.

Por lo demás, aquí, según usanza antigua, todo va como Dios quiere, y no puede haber cosa mejor, porque al fin Dios no puede querer nada malo. Nuestra patria camina á pasos agigantados hacia el fin para que aquel Señor la crió: que es su felicidad. Por el pronto ya tenemos el uniforme de los señores Próceres, que es manto azul rastrero, según las venerandas leyes del siglo XIV, exceptuado el terciopelo, que no alcanzaron aquéllos estamentos, si bien

aquí entra el modificar aquellos venerandos usos según las necesidades del día: verdad igualmente aplicable al calzón de casimir, media de seda, hebilla y tahalí, de que nada dicen Pero López de Ayala, ni Zurita, ni el Centón, pero que constituyen con la gola altibaja y demás este nuevo anticomoderno. Tiene su correspondiente espada, su gorro y su enaguilla de glacé. Dicen que cuesta mucho; pero más ha costado llegar á ese punto. Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando al rey de espadas podrá formar una idea aproximada, y por ende verá que es bonito; y que si bastan, como es de creer, para costearle los sesenta mil reales de procerazgo, ha de ser curioso el ver á esos señores vestidos y hablando, todo á un tiempo.

Igualmente sabrá vuesa merced cómo todas las vísperas de alboroto, que según parece va á ser el pan nuestro de cada día, se deberán afeitar como la palma de la mano todos los que tengan bigote, por ser incompatibles estos cuatro pelos con el orden y la libertad racional. Efectivamente que muchas de sus calamidades le vienen al hombre de no saber echar pelillos á la mar. Por esas medidas conocerá vuesa merced que aquí no nos dormimos en las pajas.

Tal vez habrán dicho en ese villorrio que está el cólera en Madrid. Lo que es aquí nadie lo sabe de oficio; lo que hay no es el cólera, sino una enfermedad reinante y sospechosa; tanto que esas malditas sospechas han llevado á muchos al cementerio, en fuerza sin duda de lo cavilosos. Pero si dicen á vuesa merced que mueren tantas y cuantas gentes al día, no lo crea; al día no muere nadie, porque si así fuese habría parte sanitario, si es que no le dan por no haber sanidad maldita de que darle. En consecuencia, si el mal está en Madrid, la autoridad lo tiene callado, y así que nadie lo sabe.

Tres cosas sin embargo van mejor todos los días sin que se eche de ver: la libertad, la salud y la guerra de Vizcaya. ¡Tal es la reserva con que se hacen estas cosas!

¿Se sabe algo por ahí, señor bachiller, de don Carlos? por acá todos convenimos en que está en Londres, en Francia y en Elizondo á un mismo tiempo, así como están de acuerdo los médicos en que el cólera no puede venir á Madrid por estar muy alto, y en que es contagioso y no epidémico, y epidémico y no contagioso. En cuanto al modo de curarlo, ya averiguado, llenos están los cementerios de preservativos seguros, de remedios infalibles y de métodos



curativos. Volviendo á don Carlos, dicen que el gobierno sabe de fijo dónde pára; pero vaya usted á preguntárselo.

Por acá no se encuentra un procurador, ni un cajista de imprenta, ni un médico, ni un limón, ni una sanguijuela por un ojo de la cara; pero para eso se encuentran mendigos á pedir de boca, basura en las calles á todas horas, y una camilla al volver de cada esquina.

¡Ah! se me olvidaba; el discurso de la Corona ha gustado generalmente; es tan bueno que es de aquellas cosas que no tienen contestación; á lo menos hasta ahora nadie se la ha dado. Se asegura, sin embargo, que la están pensando á toda prisa.

Díceme que viene vuesa merced á Madrid. Si está pronto á presentar sus cuentas á Dios, venga cuanto antes. Si viene á pretender, ó ha tenido empleo y ha sido emigrado en tiempo de la constitución, no hay para qué. Si es carlista puede venir seguro de adelantar algo, que carlistas, y muchos, encontrará en buenos destinos, que le favorezcan: preguntárme tal vez si no los quitan; ¿para qué, si andando el tiempo ellos se irán muriendo? Si viene á oír las discusiones estamentales, en buen hora, por lo que respecta al Estamento de Procuradores; pues en el de Próceres han encaramado al público en un camaranchón estrecho y *cortilargucho*, según dice *la Pata de cabra*, como si no quisieran ser oídos. Se está allí tan mal como en el teatro de la Cruz ó en un concierto de guitarra. Han arrinconado igualmente en un

## SEGUNDA Y ULTIMA CARTA DE FIGARO

AL BACHILLER, SU CORRESPONSAL DESCONOCIDO

¿Querrá creer vuesa merced, señor bachiller, que han encontrado malicia en la primera carta que le escribí, y cuya publicidad de ninguna manera he podido evitar en esta corte? De todo tiene la culpa el empeño que manifiesta de no tener nombre conocido, ni domicilio sabido, precisamente en unos tiempos en que las cosas todas se vuelven nombres. ¿No repara vuesa merced cómo una cosa se llama *regeneración*, otra *reformas*, otra *estamentos*, aquella de más allá *libertad*, esotra *representación nacional*? ¿qué más? Cosa hay que se llama *seguridad individual*, y *ley*, y...

ángulo del techo á los taquígrafos, de tal suerte que parecen telas de araña.

Muy alto piensan hablar si desde allí les han de seguir la palabra.

No sé si me dejo algo á que contestar; si así fuese, en otra carta irá, pues á la hora que es ando de prisa por tener que formar una lista de los señores procuradores que no han llegado aún, y otra de los cordones sanitarios inútiles que hay en España, que cogerá algunos pliegos.

Quedo, pues, rogando, señor bachiller, que los facciosos de las gavillas que hace un año se están destruyendo todos los días completamente, no intercepten por esas *veredas* esta carta, y que la administración de correos, tan bien montada en este país, no la incomunique para diligencias propias, ó no se la mande por América, así como recibimos, por qué sé yo dónde, la correspondencia de Francia, merced á las victorias no interrumpidas que nos tienen expedita la carretera principal.

De vuesa merced, señor bachiller, atento servidor.

*P. D.* No se le importe á vuesa merced un bledo de las venidas de don Carlos á este país, pues que la cuádruple alianza está contratada para su conducción fuera de la península, cuantas veces se le hallare; porque en lo de dejarle venir, coja vuesa merced el texto y verá como nada hay tratado, además de que mal pudiera la cuádruple alianza sacarle de la península si él no viniera.

¿Qué le costaba á vuesa merced ponerse un nombre, y mas que vuesa merced no sea nada en sustancia tampoco? Así evitaríamos el que se anduviese todo el mundo leyendo lo que le escribo y murmurando de ello de corrillo en corrillo, ni más ni menos que si yo dijera todo lo que hay que decir, ó todo cuanto en el caso me ocurre.

Pero en esta carta, que será la última, yo le juro á vuesa merced por la racional libertad de que gozamos (y es todo un juramento), que quiero que me hagan ministro si me consiento á mí mismo la más levé chanza sobre cosa de

gobierno, ó que por lo menos lo parezca. No sino ándeme yo en chanzas, y bregue con el censor, y prohibame el escribir más á mis amigos, que será arrancarme el alma, sólo porque él reciba sueldo del gobierno é instrucciones, y yo del gobierno ni quiera lo uno ni necesite lo otro; y préndanme bonitamente, y quédense con el *por qué* por allá, y... No, señor: si vuesa merced quiere divertirse con mis cartas, dígame quién es, y le escribiré en sesión secreta; todo lo más que puede suceder es que abran la carta; pero entonces, ya, señor bachiller, que la prohiban. Esta, pues, sobre ser la última, no encerrará reflexión ni broma alguna, tanto por las razones dichas, cuanto porque Dios sabe, y si no lo sé yo, que no tengo para gracias el humor: en punto sobre todo á gobierno haré la del loco con el podenco. «Quita allá que es gobierno.» Hechos no más en adelante; y si á los hechos lisa y llanamente contados les encuentran malicia, no estará en mí, sino en los hechos ó en el que los leyere; entonces malicia encontrarían hasta en una fusión cordial del Estamento y del ministerio.

Corren voces de que un ministro va á hacer dimisión; pero no lo crea vuesa merced: esas son bromas; lo mismo están diciendo hace dos meses de otro, y pasa un día, y pasa otro día, y en resumidas cuentas no pasan días por él.

En el Estamento de Próceres ya sabrá vuesa merced que la contestación al discurso del trono fué cosa muy bien escrita; fué un modelo de lenguaje y de elegancia castellana; es uno de los trozos más correctos que posee la lengua.

De la de Procuradores nada tengo que contar á vuesa merced, sino es que en este momento no es oportuno que use el hombre el don de la palabra con que le distinguió su Divina Majestad de los demás animales. Lo que urge por ahora es que cada uno calle lo que sepa, si es que no lo quiere decir en un tomo voluminoso, que entonces, como nadie lo ha de leer, debe el hombre ser libre; pero decirlo todas las mañanas en un periódico, eso no. El don de la palabra es como todas las cosas: repetido diariamente cansa.

Los jurados no son para este momento; no hay cosa peor que jurar, y si es en vano peor que peor. En eso va de acuerdo el partido ministerial con el padre Ripalda. Se ha convenido por ahora en que los españoles somos muy brutos para decir lo que pensamos, y más para que nos juzguen en regla.

Sabrán vuesa merced cómo se ha determinado que la legislación nuestra no es absurda.

¿Querrá vuesa merced creer que se ha lucido la Cataluña? Los señores procuradores por aquella provincia se han plantado con 29. Llegaban á Martorell el 28, habiendo salido de Barcelona el 22, que es caminar; al llegar allí supieron lo del cólera, por más que aquí no se lo contamos á nadie, y oficiaron diciendo que eso no era regular: efectivamente, es más fácil que vaya la nación toda á Martorell, que no que venga todo Martorell á la nación. ¡El uno, figúrese vuesa merced que ya iba de aquí escamado de lo de Vallecas! Eso de representar ha de ser donde á uno le coja, porque andarse de ceca en meca para dar representaciones nacionales, eso fuera ser procurador de la legua. Si la patria tiene urgencia que se la pase, más vale un mal procurador de Cataluña que cuatro buenas patrias. Un procurador catalán, á imitación de García del Castañar, no dará por todas las grandezas de la corte ni un dedo de Martorell.

Ya sabe vuesa merced cómo estaban presos dos individuos sobre lo de aquella grandísima conspiración que dicen que ha habido; como no les han encontrado delito, los han desterrado uno á Badajoz, y otro á Zaragoza: parece que han representado, pero sus representaciones son como las de Cataluña, que nadie las oye.

Según los estados sanitarios que ahora nos da *la Gaceta médica*, resulta que sin haber habido cólera en Madrid, como ya dije á vuesa merced, han muerto de él unas cuatro mil personas y pico, sin que se pueda saber cuál es el pico. Por ahí verá vuesa merced si la enfermedad es traidora.

Ha de saber vuesa merced que en Madrid son los cordones sanitarios y las medidas de aislamiento la cosa más mala del mundo. Por eso no se han usado. Pero á catorce leguas de Madrid no hay cosa mejor. Así es que en Segovia se separa al enfermo de su familia: se lleva á ésta á una barraca, se tapian las casas y las calles, se quemán las ropas, ¡qué sé yo! ¡Hay enfermedad más rara y más variable! Parece un periódico. ¡Aquí epidémica! ¡Allá contagiosa! ¡Válgame Dios!

¡Mire vuesa merced el telegrafito y el consuelito de Bayona y las cartas de Londres! Ahora salimos con que es don Carlos el que está en Navarra. Créase vuesa merced después de cónsules, y de telégrafos, y de cartas de Londres.

¡Ah! ¿Sabe vuesa merced quién es ministe-



rial?... *La Abeja*. Aquella *Abeja*... En una palabra, *la Abeja*.

¿Sabe vuesa merced quién es el periódico de la oposición? *La Revista*. Ello nos cuesta un ojo de la cara. El gobierno, de resultas, ha recogido cuantas suscripciones y auxilios prestaba; hasta ha habido persona que ha devuelto su ejemplar particular sin leerle, que ha sido lástima. Desde entonces parece que ha tenido mano de santo, porque la suscripción sube que es un contento. ¡Cómo ha de ser! Ya sabe vuesa merced que somos buenos cristianos. Así es que lo llevamos con bastante resignación.

Perdone vuesa merced, porque he oído llamar á mi puerta. Acaso vengan á prenderme ó á llevarme á Zaragoza. Así como así, no debo de estar muy cuerdo. Por lo tanto, señor bachiller, felicidades, y póngase un nombre. Cuando la misma *Revista* se ha puesto el suyo, bien podrá conocer que no es tiempo ya de andarse con anónimos y secretitos.

P. D. ¿Ha leído vuesa merced *el Pobrecito Hablador*? Yo le publicaba en tiempo de Calomarde y de Cea: ahora, como ya tenemos libertad racional, probablemente no se podría publicar.

### MODAS

Deseamos con impaciencia que la absoluta desaparición del cólera vuelva á traer al seno de esta capital las elegantes que el miedo nos ha robado, y que la animación de una época más feliz haga renacer la apagada coquetería de las bellas que permanecen todavía casi aisladas en medio de esta gran población. Vacíos casi los teatros, desiertos los paseos, suspendidas las sociedades, ¿adónde iríamos á buscar la moda? Sólo podemos hacer algunas indicaciones generales acerca de los caprichos, más ó menos fundados, de esa diosa del mundo, que así avasalla los trajes y peinados como los gustos y opiniones. Es de moda, por ejemplo, en la ópera, la señora Campos; así es que apenas hay noche que no se la aplauda. No es menos de moda el sorbete de arroz, ni menos insípido tampoco. Está decididamente en boga reirse todos los días de los gestos espantables del señor Género, quejarse del gobierno, y asombrarse de la inacción de los Estamentos. Estas tres modas durarán probablemente más que el talle largo.

Hacen furor los oficios de próceres y procuradores imposibilitados: es por cierto cosa furibunda. Al cabo de algún tiempo sucederá con estas imposibilidades de asistir, lo que sucedía el invierno pasado con los capotes forrados de encarnado, que no había barbero sin capote: á este paso, dentro de poco no habrá representante sin imposibilidad. Es de esperar, sin embargo, que esta moda de poco gusto y de menos patria se proscriba, como se proscribió para siempre el escote exagerado de las mujeres, al cual se parece en presentar desnudas cosas que

deben siempre estar tapadas. Empiezan á estilarse mucho los artículos de oposición: se asegura que hacen bien á todos los cuerpos. Algunos se ven, sin embargo, que hacen tan mala cara al Estamento, como los ferronieres de metal á las señoras, que las desfiguran todas y hacen traición á su hermosura; en este caso están los de hechura llamada á la sesión secreta. Lo más raro es que, según parece, esos artículos salen fabricados del mismo Estamento, no porque sea la mejor fábrica, sino por estar allí las primeras materias y la mano de obra. Esa moda no nos gusta: se semeja un tanto cuanto á la falda corta en no ser la más decorosa.

Los artículos ministeriales, que algunos pseudo-elegantes quieren introducir, no se acreditan. Son como los peines altos, que sólo sirven para que se vea venir desde lejos á quien los usa, y para dar una elevación ridícula á la persona. Hay, sin embargo, un regular surtido al uso de los pretendientes, en la fábrica-colmena de *la Abeja*, imprenta de don Tomás Jordán. Aunque es moda nueva, se venden baratos, sin duda porque la gente de gusto no los gasta. Es moda anti-nacional como los sombreros de señora: así es, que por más flores que se les pongan, no se saben llevar, con paciencia, se entiende. Estas dos modas últimas, exageradas, como algunos las llevan, no nos parecen del caso; los ministeriales no hacen buena figura, y los de oposición pueden llegar á hacerla mucho peor. Con cierta medida todo es bueno.

Se siguen estilando las sesiones cortas, muy cortas, como si dijéramos, á media pierna: en esto se dan la mano con los vestidos de maja:

así es que se suelen dejar lo mejor en descubierto.

En punto á calzado, sólo podemos decir que lo más común es andarse con pies de plomo. Con respecto á talle, la gran moda es estar muy oprimido, tan estrecho que apenas se pueda respirar: por ahora á lo menos este es el uso; podrá pasar pronto, si no nos ahogamos antes. En punto á muebles, los hay nuevos todos los días; pero allá se van con los antiguos. Por lo que hace á adornos de mesa, sabido es que en España no somos fuertes; bien que falta lo principal, que es qué comer.

De colores, en fin, estamos poco más ó me-

nos como estábamos; si bien el blanco y negro son los fundamentales, aquél más caído, éste más subido; lo más común, especialmente en personas de calidad, son los colores indecisos, tornasolados, partícipes de negro y blanco, como gris ó entre dos luces; en una palabra, colores que apenas son colores; es de esperar que pronto se habrán de admitir, sin embargo, de grado ó por fuerza, colores más fuertes y decididos, puros y sin mezcla alguna. En el ínterin chocan tanto éstos últimos que hay personas nerviosas que sólo al considerar que habrá que entrar en ellos, padecen y ofician, y guardan la cama.

